

PERMANENCIA DE LA IGLESIA Y VARIACIÓN DE LO RELIGIOSO

Cuando autores nos hablan de metamorfosis de lo religioso, de lo sagrado y hasta de Dios, cuando nos hablan del abandono de las religiones establecidas, de la búsqueda de libertad para buscar cada cual la verdad y el bien, el absoluto y lo divino, donde él se sienta atraído y crea poder encontrarlo, los que pertenecemos a religiones establecidas nos ponemos a la defensiva: otra locura del mundo, otra astucia del demonio, otra forma de la irreligión y del ateísmo.

Pero no es esta la única actitud posible, ni talvez la mejor. El comerciante que ve que sus ventas disminuyen mientras que su competidor del frente está vendiendo más que nunca, va a dedicarse a observar lo que hace su competidor y descubrir por qué a él le va bien. Talvez conozca mejor que él la mentalidad de sus clientes, el cambio de sus gustos, sus posibilidades económicas. Talvez él vende un artículo mas atrayente o lo envasa mejor o da mayores facilidades de pago. Y poco a poco va a aprovechar de esta experiencia para mejorar su propio negocio.

Hay elementos en la Iglesia que son de origen divino, invariable, a los que no podemos renunciar. Pero hay muchísimos elementos que son accidentales, que se han ido agregando a lo largo de los siglos, que representan aportes de distintas culturas y de distintas civilizaciones y que deben ser periódicamente revisados y de los cuales debemos desprendernos cuando nos damos cuenta que ahora no sirven, talvez ni siquiera tienen sentido. Y tenemos que hacer un doble esfuerzo.

Primero mirar a nuestros orígenes, a la infancia de nuestra fe, cuando todo era limpio, claro, transparente. Sabemos que no vamos a volver a los tiempos pasados. Pero talvez podríamos presentar a los tiempos actuales, el

mensaje del Evangelio con la misma claridad y transparencia con que fue presentado en los primeros tiempos.

Y luego tenemos que estudiar el mundo en que vivimos, el hombre de nuestro tiempo, con todas sus distintas modalidades, con sus deseos y con sus rechazos, con sus miserias y con sus aspiraciones nobles, con sus virtudes y con sus vicios, con su mentalidad, con su manera de ser, con su cultura, con sus prejuicios, con sus buenas intenciones, con sus realizaciones positivas. Y después de estudiar serenamente el mundo en que vivimos buscar la manera de presentarle el mensaje del Evangelio, mostrándolo como una ayuda para la realización de todos los anhelos positivos y también como una manera para frenar los elementos negativos que se dan en el mundo de hoy.

La humanidad del siglo XXI no debe ser ni mejor ni peor que la humanidad del siglo I con la cual se encontraron Cristo y los apóstoles y la Iglesia primitiva. De hecho, muchos sociólogos actuales perciben una búsqueda de sentido, un deseo de oración, una búsqueda de paz interior, una aspiración a lo divino, un deseo de entrar en el silencio interior, en lo profundo del alma, una búsqueda de Dios que nos traiga la luz y la paz, también un deseo de justicia, de solidaridad entre los hombres, un ansia por definir los “derechos” humanos y de hacerlos respetar por todos y para todos: ni cuesta imaginarse como la predicación del Evangelio, libre de las culturas pasadas, puede iluminar estos anhelos y ser acogida por los hombres del siglo XXI talvez con mayor fervor que como lo fue por los hombres del siglo I.